

## EL ARRULLO

El tranvía nos deja en el Paseo del Óvalo. Hace frío, aunque no demasiado, y meto los guantes, que llevo en la mano pero sin ponérmelos, otra vez al bolso. Paola y yo comenzamos a subir por la calle Nueva y, salvo un par de personas que salen del hotel, no nos cruzamos a nadie más. El viento, que sopla con fuerza, hace bailar un puñado de hojas y papeles en la puerta de la iglesia, tras la verja de forja que no se abre desde las bodas de septiembre. Al llegar al cruce que lleva hasta la calle San Juan no puedo evitar pararme y dar un giro de 360°. La única luz llega de las nuevas farolas que han instalado en el suelo y que se adaptan a las personas que pasan. Si no hay gente, no emiten luz, por cuestiones de ahorro energético, y como somos solo dos se van iluminando a nuestro paso, como si un director de escena fuera dirigiendo los focos hacia las únicas protagonistas.

Los escaparates de la tienda de electrodomésticos donde compré mi primer walkman, el ipod, la tablet y la plancha de la ropa ahora no tienen luz. El local alberga unas oficinas que, con la adaptación que hizo España en 2028 al horario europeo, cierran a las cuatro de la tarde.

—¿Qué haces, por qué te paras?— Me pregunta Paola deteniéndose también.

—No, nada, que antes esta calle estaba llena de luz y ahora vamos entre penumbras—. Le contesto con una voz neutra que apenas deja entrever la acidez que me está subiendo desde el estómago por la garganta.

—Mamá, se ve perfectamente—. Dice con la convicción que tiene quien no puede comparar.

—Mira, aquí antes había una pequeña tienda de lencería, yo era clienta fija—, le explico.

—¿También la ropa interior la probabas antes de comprarla? — pregunta arrugando la nariz con asco.

—Sí. Las clientas de siempre teníamos una ficha y las dependientas sabían así nuestra talla para buscarnos los modelos que se ajustaban a nuestro cuerpo —relato—  
Seleccionábamos los que nos gustaban y nos los probábamos.

—¿Te probabas todas las prendas, una a una?—añade asombrada.

—Claro, para elegir. Era como lo que ahora hacemos con la app Mylook, que sobre tu cuerpo vas poniendo las ropas que te gustan para ver cómo quedan, pero en vez de virtual, real. Te mirabas en un espejo y no en una pantalla.

—Pero eso es una pérdida de tiempo— afirma —¿Cuánto rato pasabas para comprar unos zapatos?

—Ir de compras al Centro Comercial Abierto era una forma de ocio. Quedabas con las amigas para dar una vuelta y mirar, o directamente para buscar ese abrigo o los pantalones que necesitabas o te apetecía tener. Echábamos la tarde entre curiosear escaparates, probarnos cosas y tomar unas cañas con pincho después, que eso era obligado— relato sin darme cuenta de que, a medida que avanza la descripción, mis ojos adquieren un brillo tan intenso como el que irradiaba la luz de los escaparates en ellos hace un par de décadas.

Vamos charlando, ya vislumbramos el Torico, pero hago una parada más para explicarle que el gran edificio modernista que ahora ocupa un banco se construyó a comienzos del siglo XX como almacén de tejidos y se mantuvo con ese uso hasta hace no demasiado.

—Aquí compramos la tela para hacer tu arrullo cuando naciste— le sonrío.

Atravesamos la plaza en silencio, apenas hay una decena de viandantes y tampoco en el interior de las cafeterías, todas ellas con grandes cristaleras, se adivina demasiado barullo. El centro de Teruel ya solo tiene vida en horario de mañana, por las oficinas, y los fines de semana, en los que los turistas pasean y tiran fotos de los monumentos. Entonces abren algunos pequeños locales dedicados a los recuerdos. Ellos, las perfumerías y las panaderías son de los pocos que siguen vivos en ese Centro Comercial Abierto que perdió su nombre cuando los comercios que lo integraban colgaron el cartel de *Cerrado*.

Precisamente Paola y yo vamos a una perfumería a la calle del Tozal. Es la única que ha sobrevivido a las compras del click, las otras tres que había agonizaron hace tiempo. Yo no concibo comprar aromas por internet porque, aunque falta poco para llegar a la mitad del siglo XXI y la virtualidad es la dueña de casi todas las facetas de nuestra vida, todavía no hay forma de oler a través de la pantalla.

—Por eso la mayor parte de la gente siempre lleva la misma colonia, así no tiene que molestarse en salir de casa para elegir— me dice continuamente Paola, que además me anima a comprar las marcas que llevan otras personas y me gustan.

—El mismo perfume huele diferente porque la propia piel también aporta matices— le debato yo.

Me encanta recorrer la perfumería e ir oliendo con los palitos bote a bote. Están todos ordenados, por marcas, y yo salto de una a otra en función de los que la dependienta me dice que tienen notas cítricas. Siempre me llevo la botella más pequeña para así volver cuanto antes a por otra. Los perfumes son el cordón umbilical que me une con ese pasado de luces, colores y bolsas que ahora ha sido sustituido por las cajas de cartón neutro que llegan a las casas.

Estoy ensimismada descubriendo un nuevo aroma floral, que me recuerda al olor de los bebés, y pensando que ojalá tarden mucho en inventar un sistema que nos permita sentir notas aromáticas a través de la red, cuando empieza a sonar una insistente sirena. Dejo el bote y abrazo, asustada, a Paola.

De repente me despierto. Estoy sudorosa con mi pequeña sobre el pecho. Me cuesta un poco ubicarme, en cuestión de segundos, con solo abrir los ojos, he retrocedido un par de décadas, pienso aliviada. Al aspirar me doy cuenta de que el aroma que tanto me ha cautivado en la tienda no es otro que la mezcla de mi propia colonia con el sudor de la niña impregnado en el arrullo con el que está envuelta. He intentado dormirla dándole de mamar y al final Morfeo se ha adueñado de las dos. El ruido estridente vuelve a alertarme y, desorientada como estoy, tardo algunos segundos en darme cuenta de que es el timbre. Sonríe mientras me dirijo a la puerta y pienso que, por suerte, todo ha sido una pesadilla, muy intensa, pero ya ha terminado.

—¿Si?— Pregunto sujetando el telefonillo con una mano mientras con el otro brazo sostengo a Paola, que todavía no se ha despertado del todo.

—Cartero, le traigo un paquete de Amazon—.